

Estado y los asesinatos y la represión que ejercieron sus protagonistas. Como escribe Espinosa, a Moa se le puede comparar a los revisionistas nazis alemanes como David Irving que afirman que no niegan el holocausto sino el asesinato masivo de judíos. No niega la existencia de la matanza pero asegura que “no hay que exagerar”, que fueron cosas “propias de la guerra” y que su intención es “podarlo de su ramaje propagandístico”.

Pero como se ha dicho, Espinosa no se queda en la crítica historiográfica de un texto al que quizás no haya que aplicarle esos instrumentos sino los de otras disciplinas. Da un paso más: analiza por qué Moa obtiene un amplio éxito de ventas. Es decir que el revisionismo cuente con la aprobación de amplias capas de la población española y que haya sido utilizado como elemento político por uno de los dos partidos más importantes del país. No de otra forma puede interpretarse, como nos recuerda el autor, que el que entonces era máximo dirigente del PP y presidente del consejo de ministros José María Aznar López declarase públicamente que había elegido como lectura para ese verano del 2003, precisamente *Los mitos de la guerra civil*. Una forma más de perpetuar la impunidad de los grupos civiles y militares responsables de la sublevación de julio de 1936, de liberar a la actual derecha de la obligación de reflexionar sobre su pasado fascista y de poner pie en pared al movimiento por la Recuperación de la Memoria Histórica al que consideran un escollo.

De esta forma se refuerza el mantenimiento de las estructuras y mentalidad franquistas que permanecieron en pie bajo la capa de barniz democrático de la actual monarquía parlamentaria. Como afirma Francisco Espinosa los libros de Moa y otros autores como él, tales que César Vidal o José María Marco, forman parte de un andamiaje que presenta a la dictadura, y a sus últimos lustros, como algo bueno para unos, malo para otro pero, como enseña la serie televisiva *Cuéntame*, “entrañables” para todos. Una situación producto, como se ha dicho ya, de las políticas de amnesia apadrinadas por los partidos de izquierda, del modelo de la Transición y la actitud del PSOE tras su llegada al gobierno en 1982.

Obras como la de Francisco Espinosa ayudan a mantener claras las ideas en unos momentos en los que se suceden los golpes y acusaciones contra las iniciativas de la Memoria Histórica. Cuando la extrema derecha ha retomado su tradición violenta.

Recordemos lo ocurrido en la librería Crisol de Madrid con motivo de la presentación de un libro del historiador Santos Juliá a la que asistía el viejo dirigente comunista Santiago Carrillo. Parece que han olvidado los cachorros fascistas lo que deben agradecerle el papel que éste tuvo para que saliera adelante la transición sin ruptura. Fue entonces cuando el “carnicero de Paracuellos” dejó paso al hombre “responsable” muñidor de la reconciliación nacional, frecuentador de los salones del poder y las tertulias. Una muestra de hasta donde están dispuestos a defender los privilegios heredados y que significa, a la inversa, que los vencidos en 1939, fueran republicanos, socialistas, comunistas o anarquistas, deben continuar como hasta ahora.

Recientemente el hispanista francés Jacques Maurice ha escrito que “reflexionar sobre las relaciones entre historia y memoria es una obligación intelectual insoslayable”. En efecto, ninguna sociedad puede permitirse el lujo ni de vivir en la “amnesia” ni mantener abiertas heridas de la memoria. La recuperación de la memoria es una cuestión de justicia. No sólo para con los protagonistas o sus familiares. Debe ser también una tarea de los científicos sociales para con el conjunto de la ciudadanía. Como afirma Maurice “la reconstrucción del pasado se hace mediante el lenguaje para ser compartida por los miembros de la comunidad”.

El libro de Francisco Espinosa es un intento serio que aparece en un momento oportuno. Además hay que agradecerle su capacidad para presentar de forma amena. Siempre con una evidente ironía y a veces, incluso, con sarcasmo. Para una muestra las trece características de la metodología de Moa que aparecen en las páginas 73 y 74.

Fukuyama, F., *La construcción del Estado. Hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*. Barcelona, Ediciones B, 2004, 201 pp.

Por Israel Sanmartín
(Universidad de Santiago de Compostela)

Parece que lo han conseguido. Tanto los periodistas e intelectuales de izquierda como de la derecha han logrado presentarnos el neconservadurismo como un bloque sólido, unilineal,

monolítico y cargado de tópicos y muletillas. Ese proceso de divulgación tosco del concepto ha calado en la mayoría de los lectores que recibimos parte de la información mediante esos intelectuales y los medios donde se expresan. De esta forma, estamos acostumbrados a leer en sus análisis cómo establecen relaciones en exceso mecanicistas sobre el neoconservadurismo como su equivalencia con el neoliberalismo o cómo presentan argumentos parciales como totales, como por ejemplo reducir el mundo neoconservador a cuatro o cinco nombres próximos al gobierno de Bush. En este sentido, una simplificación y “desofisticación” absoluta de los argumentos de análisis es concluir que los neoconservadores son la extrema derecha estadounidense. Evidentemente, analizados muchos hechos y manifestaciones concretas -sobre todo de la política diaria-, no les falta razón para llegar a esas conclusiones pero en lugar de acotar las reflexiones a su contexto inmediato y a los nombres en concreto, las generalizan sin saber a qué familia intelectual pertenecen los analizados. Así se califica la parte por el todo y por unos pocos se juzga a todo un movimiento en un alarde de ligereza intelectual.

Gran parte del problema parte del desconocimiento de lo que se ha llamado las “Cultural Wars” en EEUU (también en Alemania, etc.) donde los neoconservadores son una tendencia, una escuela o un grupo. Los neoconservadores surgen en el New York de los años cincuenta en el seno de aquello que se denominó “New York Intellectuals”, donde numerosos intelectuales de izquierdas empiezan a reconsiderar el New Deal y a comienzan a generar un fuerte anticomunismo. En ese ambiente de cambios surgen nuevas publicaciones como *Commentary*, donde se empieza a articular un nuevo pensamiento alejado de la izquierda pero muy renovador y diferente de la derecha “clásica” estadounidense. El símbolo intelectual del movimiento fue Leo Strauss (autor bastante desconocido en España y que actualmente se están traduciendo alguna obra como *¿Progreso o retorno?*, Paidós, Barcelona, 2004), un profesor emigrado desde Alemania a EEUU que se estableció en Chicago y que proclamaba una relectura y crítica de la modernidad desde los autores clásicos. Strauss creó una gran escuela y fue colocando discípulos suyos tanto en diferentes universidades como en la Administración (no se le conoce ningún apoyo público de Strauss al partido Republicano salvo la asistencia en una

ocasión a un discurso de Nixon cuando atravesaba sus horas más delicadas). Los neoconservadores tardaron en aproximarse a la política. Empezaron a hacerlo con Nixon. Antes lo habían hecho en las revistas, libros y también en la prensa, sobre todo con las columnas de Irving Kristol, el llamado padrino del neoconservadurismo y uno de los pocos que reconocen el término.

El desembarco definitivo de los *neocons* en la Administración se produjo durante el mandato de Carter, sobre todo en el Departamento de Estado, puesto que las relaciones internacionales es uno de los campos de batalla de los neoconservadores y donde creen que se pueden llevar a cabo sus ideas. Pero fue en la administración Reagan donde ya se consolidan, y ya en las de Bush, Clinton y Bush Jr. son miembros habituales de puestos de responsabilidad y subalternos en diferentes departamentos.

Después de este breve repaso de la historia de los *neocons* podemos establecer dos premisas fundamentales para poder emitir juicios. Una, que los *neocons* no son un grupo homogéneo ni que responden a una misma tipología política. Ha habido *neocons* tanto en administraciones republicanas como demócratas, con lo que no se deben asociar a un partido ni a un ideario o sensibilidad ideológica; más allá son un grupo con un sustrato común pero muy divergentes en muchos aspectos (como así lo reflejan las diferentes publicaciones). Dos, que estamos hablando de diferentes generaciones de *neocons*. No es lo mismo la generación de Kristol, Bell, Lipset, que la posterior de Alan Bloom que la de ahora con D’Souza, Kagan, Fukuyama, el hijo de Kristol (William); ni es lo mismo la revista *Weekly Standard* que la *The National Interest* (¿por cierto, alguien se ha parado a estudiar la renovación de la revista?) o la *Commentary*; ni es lo mismo un periodista que un historiador, un sociólogo o un politólogo. Cómo cabe pensar entonces afirmaciones como las que se pueden leer en la prensa: “los neoconservadores españoles” referidos a determinados intelectuales españoles (Bardají, Portero, Yanke, etc.). ¿No se están trasladando categorías equivocadamente? ¿Alguien ha tenido en cuenta la evolución de uno y otro grupo?

Fukuyama es el resultado de todo este proceso, de sus propias influencias, y de las contradicciones de su propia formación al intentar coser sus influencias modernas y antimodernas,

de izquierdas y de derechas, etc. Y claro, a muchos les choca que ahora se desmarque del gobierno republicano y vote a Kerry, que reconsidere su postura sobre la guerra de Irak o que mantenga un debate acalorado en *The National Interest* con Charles Krauthammer (En este sentido hay que señalar el descontento de Fukuyama, Huntington, Brzezinski y otros intelectuales con los designios de la revista *The National Interest* tras ser comprada por el Nixon Center. Estos intelectuales, con muchos otros, han anunciado recientemente la creación de una nueva revista llamada *The American Interest*). Y por supuesto que también a muchos les ha chocado que Fukuyama ahora defienda un Estado fuerte porque lo tenían englobado en lo que ellos denominan “neoliberalismo”. ¡Pero si ha tardado catorce años en citar a Hayek! El pensamiento de Fukuyama siempre ha estado, ciertamente, alejado de la ortodoxia de lo que se denominó “el consenso de Washington” (curiosamente cuando ahora algunos neokeynesianos hablan del “consenso de Barcelona”) aunque muchos especialistas puedan creer lo contrario. El libro *La construcción del Estado. Hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI* es una evolución de muchas de las ideas que ya tenía esbozadas y desarrolladas en alguna parte de *El fin de la Historia y el último hombre*, en *Trust* y en *La Gran Ruptura*. Con este libro completa el estudio de su análisis de la sociedad. Si ha estudiado en trabajos anteriores a la familia (La Gran Ruptura) y la sociedad civil (Trust), ahora le toca el turno al Estado. Se centra en el Estado fuerte frente al Estado débil como configurador de la comunidad internacional (recordemos que Fukuyama había proclamado su apoyo a una arquitectura mundial kantiana frente a la más realista o hobbesiana, que mantienen otros neoconservadores como Huntington en su “choque de civilizaciones”). El libro es en exceso occidentalista, muestra la apuesta por la democracia liberal como único sistema y siempre están presentes esas raíces de la ilustración angloescocesa tan propia de los neoconservadores, pero esas no son las principales pegadas que se le puede hacer. El trabajo, a mi juicio, peca de un poco de precipitación, como si tuviera que ser entregado en un plazo determinado. El problema de los grandes intelectuales mediáticos, como Fukuyama, es cuando se convierten en meros engranajes del sistema editorial y hay que sacar trabajos por contrato y rellenarlos con lecciones ofrecidas aquí y allá. Y parece

que es lo que sucede en este caso, donde reúne una serie de conferencias y se les intenta dar hilo. ¿Dónde ha ido el Fukuyama que deshuesa los argumentos? ¿Dónde podemos encontrar ese autor con gran capacidad teórica? ¿Dónde han ido a parar esos grandes aparatos críticos que ofrecía en anteriores trabajos? De todas formas no nos engañemos. El resultado es brillante en algunos tramos, sobre todo al principio, y más flojo en su última parte. Además al pertenecer las conferencias a varios momentos se puede observar como los argumentos chirrían en algunos aspectos, puesto que se intercalan incorrectamente las ideas de la “brecha trasatlántica” con la guerra de Irak. En este sentido, el libro es una excelente oportunidad para ver la génesis de la tesis de Kagan que nos ofrece en *Poder y debilidad*. La idea ya había sido expuesta por Fukuyama en algunos de sus trabajos anteriores, sobre todo en prensa, y lo que hace Kagan es darle forma y adelgazarla para darle un hilo más divulgativo.

Por cierto, el libro fue presentado en la sede del Banco Mundial, seguro que algún crítico inteligente encuentra en ello carne para cebar alguna columna; pero no se darán cuenta, eso sí, de que el libro está dedicado a Martin Lipset, que aparece en los créditos, Owen Harries, ya en Australia; ya fuera de *The National Interest* y también Michael Ignatieff ¿verdad? Por cierto, por si no lo había dicho, el libro versa sobre el Estado, su construcción y sus implicaciones en el ámbito internacional.

Gallego, Ferrán (ed.), *Pensar después de Auschwitz*. Mataró, El Viejo Topo, 2004, 225 pp.

Por Daniel F. Álvarez Espinosa
(Universidad de Cádiz)

“Lo que yo intento es introducir tanto silencio como sea posible. Desearía que mi obra no fuera juzgada por las palabras escritas sino por su silencio” (Elie Wiesel). ¿Se puede, se debe hablar de Auschwitz? Durante los últimos años venimos asistiendo a innumerables difusiones mediáticas del Holocausto que han acercado este dramático acontecimiento al gran público. A medida que ha ido decreciendo la imagen documental, se ha producido una apropiación del Holocausto por la industria cultural, la “gran fábrica de sueños” y de explota-